



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

En estos momentos en que oficialmente se tributan honores al eminente poeta lírico en el acto de trasladar sus restos del panteón donde á su muerte fueron depositados al nuevo y artístico sepulcro que hizo al efecto el distinguido arquitecto Sr. Coello, hemos querido asociarnos á aquellos que en este día le dedican un leal recuerdo de admiración, publicando en nuestra REVISTA el retrato del laureado vate, y dando á conocer á nuestros jóvenes lectores una de sus mejores composiciones, como



D. Manuel José Quintana.

es la oda que en otro lugar insertamos, en la que con tanta inspiración y tan levantado estilo cantó QUINTANA la batalla desdichada de Trafalgar.

Siendo de gran oportunidad el monumento artístico del Sr. Coello, donde han de descansar en adelante los restos mortales del poeta, no sólo por este concepto, sino por su mérito especial en su género, hemos conseguido una exacta copia del mismo que en la página 180 incluimos, en la seguridad de que nuestros favorecedores han de apreciar nuestro buen deseo de trabajar siempre en obsequio de la infancia,

dando á conocer cuanto reúne interes é importancia para su educacion literaria y artistica.

HISTORIA NATURAL
Insectos.
LAS ABEJAS.
CONCLUSION (1)

Varios son los medios que se han inventado á fin de enjambear por el arte. Los mejores son: 1.º cuando á principios de Mayo se notan algunos zánganos en la colmena, una mañana, á eso de las diez, y cuando el mayor número de abejas ha salido al campo, se acerca á la piquera un trapo ó boriga encendido para que suba el humo; las abejas se suben para rodear y defender á la reina; entonces se levanta la colmena, se aumenta el humo, se la coge y se mete en un hoyo con la boca hacia arriba; se coloca una colmena igual, pero vacía, lavada y frotada tambien con miel, boca con boca, rodeando bien la juntura con un trapo oscuro; en cuanto quedan las abejas tranquilas empiezan á subir, y en el momento que se advierte que lo ha verificado el mayor número, se separan las dos colmenas, llevando la antigua á su sitio y la nueva á otro distante. Al volver del campo las obreras y notarse sin reina, se dedican á formar una, en cuya estacion les es muy fácil, porque siempre hay latras.

2.º Cuando la colmena está compuesta de dos partes iguales, que son las colmenas propuestas desde el siglo pasado por M. Balleau, y luego perfeccionada por Monsieur Latre de Blangy, hasta separarlas y a nadie á cada una otra vacía. La que lleva la madre se dedicará á llenar el vacío, y la que carece de ella, en formarla.

Esta misma colmena, si se quiere, perfeccionada notablemente y compuesta de cajas de quita y pon, ó alto, la propuso el muy ilustrado presbítero D. José Antonio Sanguil, el que, en su *Nuevo plan de colmenas*, etc., impreso en Madrid, en la oficina de don B. Cano, el año de 1798, dice, en su Dedicatoria al inmortal Jovellanos y en su prólogo, que á todo eclesiástico debe dedicarse á promover entre sus feligreses la afición á las industrias aná-

logas á su territorio, y que la de las abejas no proporciona cuidados tan continuos ni serios, que se pueda temer distraigan su principal obligacion; antes por el contrario, juntando lo útil con lo deleitable, hallará en esto todo eclesiástico un delicioso divertimento, que en vano buscaría en el juego y otros pasatiempos inútiles. ¿Qué sublime doctrina, tan digna de ser imitada!

No seremos nosotros los que recomendamos las colmenas de vidriera para observar el trabajo interior de las abejas; error en que incurrieron, no sólo los autores antiguos desde los tiempos de Plinio, que dice que un senador, aficionado á la cría de abejas, mandó hacer una colmena de cuerno, sino Casini, Maraldi, Reaumur, y la más perfeccionada, si se quiere, de todas las de esta clase, por Mahogani; porque en todas ellas nadie puede acercar á tan industriosos insectos, que cubren con propolis la diafanidad del cristal; opinion emitida por Monsfere y algunos otros agrónomos y naturalistas.

El cuidado que las abejas exigen en el invierno consiste en adaptar á la puerta de cada colmena una tablita con cinco ó seis agujeros chicos, por donde sólo quepa una abeja; tambien se pueden hacer estas piezas de hoja de lata, y son excelentes. Se nos dirá que es un gran trabajo de minuciosidad, sobre todo para aquellos colmeneros que tienen de 500 á 1000 colmenas, el prevenir y ajustar á las puertas tantas celosías; pero, no obstante, ellas son utilísimas, porque preservan á las abejas de muchos daños y se mantienen más abrigadas en la colmena. Para ponerlas bastan dos clavitos chicos uno por cada lado.

Hay años en que se puede Jeanquear las puertas á mediados de Febrero, y hay otros en los cuales hasta fines de Marzo no es prudente dejar salir muchas de una vez, pues se exponen á perecer; por regla general, mientras duzen las heladas y lluvias, y los cauyos están cubiertos de nieve, no conviene darlas entera libertad.

Las mayores enemigos y más terribles que tienen las abejas son los de su propia especie. No hay guerra más temible que la que hacen aquellos que tienen un perfecto conocimiento del estado en que se halla la

(1) Véase el número anterior.

plaza que quieren invadir, y de las fuerzas que hay para defenderla; es evidente que nunca acometen á fuerza abierta, sino que revoloteando al rededor de la colmena, como quien no hace nada, acechan el momento en que están mal custodiadas las puertas, y dejándose caer de sorpresa sobre la guardia que las defiende, se apoderan de la entrada, si es que las sitiadas se descuidan en observar sus movimientos y en doblar las centinelas que deben velar por la seguridad pública; en este caso, si el enemigo se halla con fuerzas superiores, viendo que se descubrieron sus ideas, presenta la batalla á todo trance, y asesina las centinelas. Luego ya del paso, penetra en lo más interior de la colmena para apoderarse de lo que hay dentro de ella; entonces todo cuanto se le opone perece, y hasta los gusanos no están seguros en el encierro de sus celdas. Las sitiadas que pueden huir se desecan por los campos, en donde mueren de dolor ó por las heridas que han recibido; en fin todo es desolación y alboroto; la colmena queda enteramente despolvada, sus edificios echados por tierra, los almacenes saqueados, y la cera muerta.

Las abejas, tábanos, hormigas, la polilla, piojos, sapos, ranas, lagartos, ratones domésticos y campesinos, pájaros de pico largo y zorros, son otros tantos enemigos que dañan ó destruyen las abejas.

Axiomas generales. Las colmenas enjambran más pronto en los países cálidos que en los fríos.

Una colmena sola puede dar hasta seis y ocho enjambres; las que dan más de tres, casi siempre perecen.

Un enjambre de un año puede facilitar uno ó dos enjambres.

Los enjambres salen saliendo por lo general, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Los enjambres rehusan una colmena grande.

Un enjambre bueno debe pesar de cinco á seis libras.

De una colmena grande se obtiene más cera.

De una colmena pequeña se obtiene más miel.

La recolección de miel no debe ser más que quitar á las abejas lo superfluo.

Una colmena bien poblada consume durante el invierno libra y media de miel.

La mejor miel está en la parte superior de la colmena.

Cuanto más nueva es la miel, ó que hace menos la han formado las abejas, tanto mejor es.

Cuanto más viejas son las colmenas, menos miel tienen y más oscura es la cera.

Cada dos años deben renovarse todos los panales de una colmena.

Si por Febrero no tienen que comer las abejas, hay que darles.

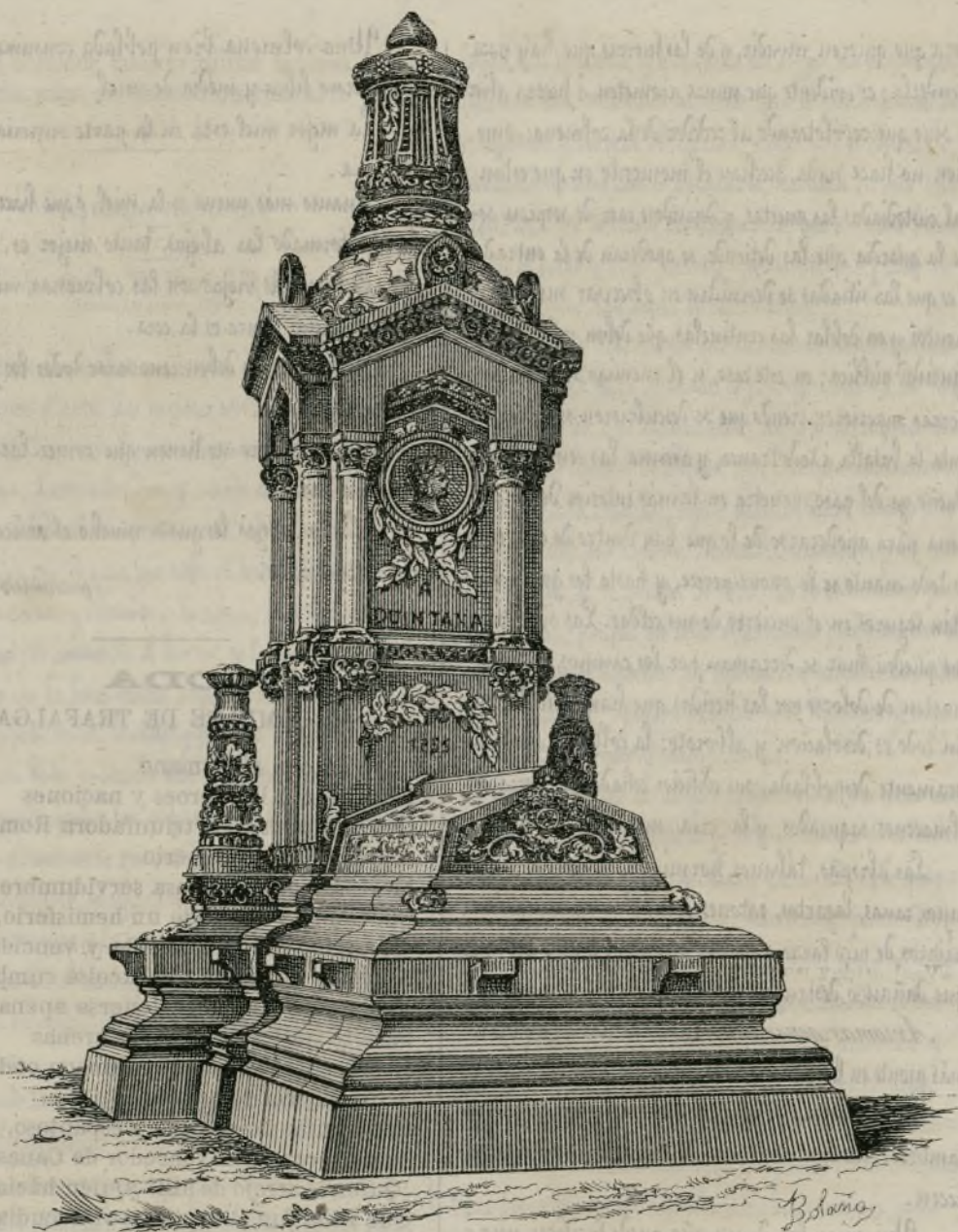
El las abejas les gusta mucho el azúcar y el vino azucarado.

(DICCIONARIO DOMÉSTICO)

ODA

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No da con fácil mano
El destino á los héroes y naciones
Gloria y poder. La triunfadora Roma,
Aquella á cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre,
Obediente y postrado un hemisferio,
¡Cuántas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
Vedla ante Aníbal sostenerse apenas:
Sangre itálica inunda las arenas
Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;
Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Cánas.
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hacía el sólio
Que Dido fundó un tiempo, sacudia
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?
La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria;
Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria:
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre
Muestre en tan grave afán tu amarga pena;
Pero espera también, y con sublime



Monumento á Quintana, levantado en el Campo Santo de la Patriarcal en Madrid.

frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gádes contempla y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aún y enrojecidas
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el breton en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,
Y ufano con su gloria y poderío,
«Allí están, exclamó; volved los ojos,
Compañeros, allí; nuevos despojos

Ya vuestra invicta mano
Va á conseguir en los endeble pinos
Que España apresta á su defensa en vano.
Libre de esclavitud no sea ninguno:
Hijos somos nosotros de Neptuno,
¿Y ellos osan surcar el Oceáno?
Acordaos de Abukir: sólo un momento
Llegar, vencer y devorarlos sea!
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo; y tiende la vela: ellos le siguen

Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras;
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera.
¡Ira justa! ¡Ardor santo! Esos crueles,
Bajo las alas de la paz seguros,
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia, á la amistad perjuros;
Esos los que á perpétua tiranía
Condenaron el mar, los que Hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosia;
Esos... La noche con su negro manto
Envuelve el mundo; sombras espantosas,
En torno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa expectacion; el día
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hinche la esfera
Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce,
Con mortal estampido el eco truena,
Y por el mar llevándose bramando,
Hasta en las costas de África resuena.
Vuelan, movidas de rencor, las naves
Con naves á encontrar; ménos violentas
Despide el polo austral sierras de hielo,
Que con su mole inmensa y resonante
Por las fáciles ondas se deslizan,
Y al audaz navegante atemorizan:
Ni con estruendo igual turban el cielo
Las negras tempestades,
Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
A su furiosa guerra y duro encuentro
Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,
Creyendo en su pujanza
Romper de nuestra escuadra el fuerte muro;
Tres veces rechazado
Por el hispano esfuerzo, ya dudosa
Ve la victoria que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintara y su saña
Cuando aquel pabellon, ántes tan fiero,
Miró invencible al pabellon de España?
No hay saber, no hay valor, sólo ya fia
Su fortuna al poder: dobla sus naves
Y las redobla en desigual pelea,
De popa á proa; en uno y otro lado
Cada español navío
De mil rayos y mil es contrastado;
Y él, con igual aliento
Que recibe la muerte, así la envía.
No: si cien voces yo, si lenguas ciento

Me diese el cielo, á numerar bastara
Las inclitas hazañas de aquel día:
El humo al sol se las robaba entónces;
Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronce.

Llega el momento, en fin, tiende la muerte
Su mano horrible y pálida, y señala
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Moya, intrépidos perecen.
Vosotros dos tambien, honor eterno
De Bética y Guipúzcoa...⁽¹⁾ ¡Ah, si el destino
Supiese perdonar! ¿Cómo á aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
A los lauros de Marte en vuestra frente?
¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
De vuestras sabias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cícladas lo están; viuda la patria
De tantos héroes que en enlutada llora,
Pide á su corazón lágrimas nuevas
Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.
¡Ah! ¡Vivierais los dos! Y en vez de llanto,
Del dolorido canto
Que mi fúnebre acento hoy os consagra,
Pudiera yo contraponer el pecho
Al golpe atroz y recibir la herida:
Diera á la patria así mi inútil vida,
¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa
Con vuestra luz y espíritu valiente,
Al arduo porvenir hiciera frente,
De rayos coronada y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,
Generoso escuadrón, allí caíste;
Tambien brotando á rios
La sangre inglesa inunda sus navíos;
Tambien Albion pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso á su soberbia armada;
Tambien Nelson allí... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda
De las naves cautivas
El confuso tropel, y ya en idea
Goza el aplauso y los sonoros vivas
Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
Sólo le verá entrar pálido y yerto:
Ejemplo grande á la arrogancia humana,
Digno holocausto á la aficcion hispana.

Así el furor de Marte
Impele el brazo de la parca, y siega

(1) Alcalá Galiano y Churrua.

Vidas sin fin. Lanzado por la rabia
 Cunde el fuego voraz, las tablas arden,
 Un volcan encendido
 Es cada buque, por los aires vagos
 Se alza y retumba el horrible estallido,
 Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?
 Sí; que el cielo, ominoso á tal porfia,
 Manda á los aguilonos inclementes
 Separar los feroces combatientes
 Y en borrascosa noche hundir el dia.
 Lo manda; ellos crueles,
 Azotando las ondas con sus alas,
 Se arrojan á los miseros bajeles.
 Al nuevo asalto, al sin igual combate
 Fallece el árbol trémulo y se abate;
 Hiéndose la armazon, el Oceáno
 Por el roto entrepuente entra bramando;
 Y moribundo el español exclama:
 «¡Ah! pereciese yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto
 Allá en las nubes la gloriosa frente
 Asomaban los fuertes campeones
 Que armados del tridente y del acero
 Al pabellon ibero
 Hicieron humillarse las naciones.
 Lauria y Tovar se vian,
 Aviles y Bazan, que, saludando
 Á los héroes de Hesperia que morian,
 —«Venid entre nosotros, les decian,
 Venid entre los bravos que imitasteis.
 Ya el premio hermoso del valor ganasteis;
 Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
 España, concitando sus guerreros,
 Magnánima se apresta á nuevas lides.
 Volved la vista á la ciudad de Alcides:
 Gravina, Escaño, y Alava, y Cisneros,
 Y otros ciento allí están, firme columna,
 Dulce esperanza á nuestro patrio suelo:
 Venid, volad al cielo,
 Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

EL NIÑO Y EL GATO

Maltrataba á un gatito,
 fiero un muchacho,
 y á los golpes, doliente,
 le dijo el gato:

—Quien así, duro,
 en hacer daño goza,
 copia al verdugo.

(El Barón de Andilla.)

Ricardo tenía cuatro años, y Minin tenía cuatro meses.

El primero era un hermoso niño; el segundo un lindo gatito.

Ambos se querían mucho, á juzgar por

las horas que pasaban reunidos, por lo que se acariciaban, porque jugaban, saltaban y dormían juntos con un completo abandono.

Fuerza es confesar que la abnegación no era igual por ambas partes: en sus animados juegos siempre Ricardo se reservaba el papel más cómodo, cuidándose muy poco del bienestar de su camarada.

Si comían frente á frente, el niño solía ofrecer al gatito un pedazo de bizcocho, y cuando Minin adelantaba su patita ó su boca para cogerlo, Ricardo se lo llevaba rápidamente á la suya, burlando á su amigo, que retiraba su patita y cerraba los ojos resignado.

¡Cuántas veces se apoderó Ricardo de la bolilla de papel con que Minin se divertía!



¡Cuántas veces Ricardo, que sabía abrir una puerta, rehusaba hacer este servicio á Minin que no podía!

Por último, en todos sus juegos Ricardo se divertía, sin pararse á reflexionar que su compañero no debía experimentar ningún placer en sentirse arrastrar de un lado á otro, ó levantar cogido por el cuello, por las patas de delante, ó lo que era aún peor.

por las dos de atras. Esto era muy penoso para Minin que, modelo de resignacion, tan sólo en las circunstancias más graves se limitaba á bajar sus orejas y cerrar los ojos, lo que en su lenguaje queria decir: «Tú te diviertes, pero este juego es poco agradable para mí, porque me hace sufrir mucho!»

Ricardo continuaba riendo, y Minin tenía á veces ganas de llorar.

Esto no podia seguir así: la sociedad se funda en un cambio de sacrificios mutuos, y tarde ó temprano los egoistas son castigados.

Cierto dia, despues que Ricardo, como de costumbre, hubo lastimado las orejas á su amigo, comido su bizcocho y retorcidole el bigote, se disponia á hacer con él el incensario, cuando de repente Minin se impacienta, se abalanza á la mano del niño, y la muerde; Ricardo dió un grito, vió su mano teñida en sangre, y corrió á enseñar á su niñera las sangrientas muestras de la traicion de un amigo.

María, que era una jóven de excelentes sentimientos, no apreciaba á las personas que sólo cuidan de sí, y por esta razon la conducta del niño le desagradaba mucho. Así fué que en la primera impresion le contestó:

—Le está á usted muy bien empleado, caballerito. ¿Crees acaso que te sería agradable el que te levantasen cogido por los piés?

Ricardo, que no tenía idea de ese género de sufrimiento, no paró su atencion en aquella leccion moral, y fué á buscar á su mamá.

Al ver ésta correr la sangre de su querido hijo, le envolvió la mano en su pañuelo de batista, y sentando al herido sobre sus rodillas, principió á besarle, preguntándole muy apurada:

—¿Qué ha sido esto, hijo mio? ¿Has tocado por casualidad el rosál á que te ha prohibido acercarte papá?

Pero como la sangre seguia empapando el pañuelo, la pobre madre se disponia á perdonar á su hijo, cuando éste exclamó:

—Ha sido el Minin quien me ha hecho esto. Pégale, mamá, pégale.

—¡El Minin, tan bueno, tan manso!

—Sí, así parece; pero es muy malo. ¡Ya no le quiero!

—¿Pero qué le has hecho tú?

—Nada, mamá; estábamos jugando y me ha arañado.

—¿Y á qué jugábais? Vamos, cuéntamelo.

—Habia uno que tenía al otro por los piés y le balanceaba. ¡Oh! Era un juego muy bonito.

—¡Ay, hijo querido! dijo su mamá, que al punto comprendió que el gato debia ser el balanceado; yo te aseguro que ese juego no debia ser del gusto de los dos.

—¿De veras?

—Ciertamente. Cuanto te reunas con otros para jugar, es preciso que pienses en ellos ántes que en tí mismo. El que sólo piensa en sí, es un egoista que nadie le quiere.

—¿Nadie?

—Nadie.

—¿Ni los gatos tampoco?

—Ni los gatos. Escucha: se debe siempre estudiar los gustos de los demas, y con frecuencia sacrificar los nuestros á los suyos. ¿Comprendes? Te lo explicaré. Ahora, por ejemplo, has debido por bondad, por cariño, por justicia, suspender tu juego al observar que Minin no estaba contento con la cabeza hacía abajo.

—Sí, ya me parecia... ¡Pero yo me divertia tanto!

—Hé ahí el egoismo. Decias hace un momento: «Ya no le quiero.» ¿Le has querido acaso nunca? No; te querias á tí; pensabas sólo en jugar, convirtiendo siempre en víctima á tu compañero.

—¿Y el daño que él me ha hecho ahora? dijo Ricardo, llorando un poco todavía.

—Reflexiona que tú se le haces de continuo, y que él ha cometido una falta despues de cuatro meses de paciencia.

El niño permaneció unos instantes pensativo, y despues exclamó:

—Yo querria abrazar otra vez á mi gatito.

Y tomando la mano de su mamá, porque en el fondo de su corazon sentia miedo, se dirigió con ella á su cuarto.

En cuanto le apercibió Minin, principió á bufar, como diciendo: «Ya vuelve á atormentarme.» Entónces la mamá de Ricardo pasó su blanca mano por el lomo erizado del gato, y el manso animal, olvidando lo pasado, llegó á acariciar al niño con su aterciopelada patita. Ambos estaban profundamente conmovidos, y la mamá del niño abrazó á los dos para consolarlos, satisfecha de que con esta leccion no volveria á anidarse el egoismo en el alma de Ricardo.

JOAQUINA GARCÍA BALMADEA

CHARADA

En tí mi *primera* encuentro
y mi *segunda* no indica.
Si tengo tino en el *todo*...
la solución es ya mía.

Solución de la charada primera del número 22:

ALBACETE.



Elementos de dibujo.

Solución de los entretenimientos 7.º y 8.º insertos en la página 176:

7.º—Quintando dos fichas, hay que subir el crucero dejando una ficha menos en cada brazo (véase fig. 1.ª), y aumentándola hay que bajar el citado crucero, poniendo una más en cada brazo, como

fig. 1.ª indica la fig. 2.ª

Fig. 2.ª

8.º—Primero se le desabotonará el cuello, pechera y mangas de la camisa; en seguida se introduce la mano por la espalda y se le sube la camisa por encima de la cabeza hasta que todo lo de atrás se coloque sobre el pecho y estómago: verificado esto, se pasa a la mano derecha, por ejemplo, y se tira poco a poco y con cuidado de la man-

De la segunda:

PILOTO.

ACERTIJO

Acertadme, lectores, cuál es una cosa que se *pasa*, se *pesa*, se *pisa* y se *posa*.
(La solución en el próximo número.)

ga con el fin de sacar el brazo de ella sin romperla. Conseguido todo esto, sólo resta estirar de la manga izquierda, con lo que se conseguirá sacar la camisa por este lado. Es muy conveniente poner de antemano una cinta ó cordoncito en el ojal del puño de esta manga, por si durante las primeras operaciones se hubiera subido demasiado, en cuyo caso se principia á estirar de dicho cordoncito. Nadie dejará de comprender que cuantos más anchos sean los vestidos, tanto más fácil será sacar la camisa, y que si vienen muy ajustados será imposible sacarla sin rasgarla. También se puede sacar la camisa, si se quiere, por debajo del chaleco ó por un cañon del pantalón: pero lo dicho creo basta y sobra para sacarla por donde á uno le acomode.

MADRID: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12